

El castillo del águila

(Ángel Utrillas Novella)

Aunque en realidad éste tal vez no sea su título definitivo, pues el libro está en proceso de escritura, es decir que Ángel está trabajando en él pero no lo ha terminado. Según confiesa en ésta obra ha puesto muchas ilusiones y esperanzas, cree que será su confirmación como escritor popular y desea que así sea. Aquí podéis leer el comienzo de la obra.

INTRODUCCIÓN.

No recuerdo muy bien como me vi mezclado en aquel asunto, pero ahora que el tiempo ha pasado y que friso la vejez, sé que me encomendaron entonces la misión más compleja, arriesgada y extraña, de cuantas tuve conocimiento en mi, hasta entonces, sosegada vida.

El mundo por aquella época no era muy diferente del de hoy, tampoco han transcurrido tantos años, las nuevas tecnologías arrasaban con todo exigiendo a las personas de mi generación un esfuerzo de adaptación importante. En poco tiempo habíamos pasado de la televisión en blanco y negro a los teléfonos móviles y los ordenadores portátiles. Quien no supiera utilizar estos artilugios y no fuera capaz de navegar por Internet era poco menos que un inculto.

A la organización para la cual yo trabajaba le costaba mucho tiempo y mucho esfuerzo seguir el paso del progreso, y sin embargo no había más remedio que perseguirlo, aunque solamente fuera su estela. Hoy me doy cuenta de que nuestros enemigos siempre iban por delante de nosotros, por mucho que corriéramos siempre íbamos a remolque de sus avances.

Sin embargo no quiero adelantar acontecimientos, sólo deseo poner en conocimiento de mis hipotéticos lectores que pequeñas cosas, que en ocasiones juzgamos como inocuas, en realidad son graves peligros, y que si nuestros dirigentes no dieran carácter de secreto a determinadas cosas, esos peligros no serían ignorados por el gran público, serían conocidos y por tanto menos peligrosos; nuestros gobernantes de entonces temían por encima de todo a una invención suya que denominaron alarma social, todo esfuerzo era poco para evitar la alarma social, el caos. Así cualquier asunto era secreto y éste en verdad lo fue.

No pretendo arrojar luz sobre los sucesos, ni arrojar barro sobre determinadas instituciones, no pretendo condecoraciones ni agradecimientos; solo quiero que se sepa la verdad, y escribiendo sobre ella recordar una época, que aunque difícil, recuerdo con cariño. Lo que aquí escribiré es lo que yo vi, mi punto de vista personal, mi verdad. Debo advertir que aunque *el mundo se alzó y detuvo al bastardo, la perra que lo parió está otra vez en celo*. El peligro no ha desaparecido, ellos siguen ahí, acechando, Vulcano está intentando hacerse con la daga que le confiera el poder anhelado. Y yo, convertido en guardián hasta que la muerte me libere, siento miedo y cansancio.

No escribiré nada más, no puedo dar más detalles ni facilitar más pistas a mis enemigos, a los enemigos del mundo, a los adoradores de la salamandra y la cruz coronada de serpientes, si alguien quiere más detalles, informes técnicos y otros formalismos los puede encontrar en el dossier: El castillo del Águila.

PRINCIPIO.

En una ciudad tan antigua como la iglesia católica, cabeza del más importante reino cristiano, a la sombra de una majestuosa catedral, se oficiaba un rito ancestral y secreto propio de antiguos cristianos.

El Prefecto se persignó con su mano izquierda tocando con sus dedos índice y anular su frente, luego su pecho, después su hombro derecho y finalmente su hombro izquierdo.

_ Vulcano ha muerto-. Anunció con voz grave.

Hasta que aquella frase no era pronunciada por el Prefecto en el templo no era oficial, sin embargo ya todos los miembros de la Orden lo sabían, Vulcano había muerto.

En efecto, su cuerpo carente ya de vida yacía delante del altar, rodeado de velas rojas; cuatro hogueras permanecían encendidas e iluminaban al tiempo que caldeaban su túmulo. Las vestales mantenían vivas las llamas y en el centro, Vulcano, parecía clavado en una cruz de fuego.

El crepitar de las hogueras se reflejaba en los cuadros que ornamentaban el templo; sobre la cabeza del difunto se podía apreciar *la fragua de Vulcano* una obra de Diego de Velázquez, a su izquierda *el castillo de Gaucín* del paisajista romántico Jenaro Pérez Villaamil y frente a éste, a la diestra del cuerpo, *el sacrificio de Isaac* del francés Laurent de La Hire. ¿Se trataba de reproducciones?, desde luego si eran copias, eran perfectas pues hubieran podido pasar por originales.

Hefaistos había muerto y mañana sería sepultado ataviado con un hábito cisterciense de color blanco inmaculado y un velo púrpura que ocultaría su rostro y mantendría su identidad como hasta entonces, secreta, arcano misterio indescifrable para siempre.

El Dios del fuego había muerto, sus discípulos lo enterrarían y nada más hacerlo se olvidarían de él pues ellos de entre ellos tendrían que elegir al nuevo Dios, al Gran Maestro de la Orden del templo de Vulcano. Los 33 maestros se aislarían del mundo y cuanto antes elegirían a su nuevo Gran Maestro, a Vulcano, a su nuevo representante en este mundo. Prestarían juramento de guardar secreto de lo acontecido en los debates y en las votaciones bajo pena de muerte si algo de lo acontecido trascendía al exterior y después, aceptarían con sumisión las órdenes de su líder tal como exigían la tradición y la historia.

En la primera votación ningún maestro obtuvo la mayoría precisa para alzarse con el trono del Dios, sin embargo se encauzó la siguiente por dos posibles direcciones y así, no fue necesaria la tercera.

_ Hermanos, Vulcano ha vuelto a nacer-, anunció el Prefecto-, y aquí está para tomar las riendas de la fragua ante vosotros y servir a nuestra Orden.

Un hábito franciscano apareció a la izquierda del Prefecto, era Vulcano, Hefaistos, Hefestos, vestido con el color gris ceniza que recordaba la ceniza y el polvo del cual estamos hechos. Un velo púrpura ocultaba el rostro haciendo de su identidad un secreto, su voz se alzó por encima del incesante crepitar de las llamas.

_ Desde hoy ya no seré Cristóbal, seré Vulcano. Vosotros sois mis Maestres y pronto os transmitiré nuevas ordenanzas que han de revitalizar nuestra Orden y dar vida a antiguas tradiciones muertas. Con vuestro trabajo nuestros enemigos serán aniquilados como ellos trataron de aniquilarnos y nosotros, los verdaderos cristianos puros, viviremos en paz en la búsqueda del cielo como siempre debió ser, como antes de los tiempos de Inocencio III y la dinastía de los Capetos.

Finalizado su monólogo el Gran Maestro alzó sus manos por encima de su cabeza coronada con serpientes, en la diestra relucía un puñal, en la siniestra el cuerpo del Dios al cual representaba en el planeta y cuyo nombre acababa de heredar.

Al día siguiente de acontecer este ritual Francisco Pérez, sacristán de la iglesia de Santa María del Mercado, sintió un fuerte olor a humo al entrar al templo, avanzó asustado hacia la capilla mayor y en uno de los primeros bancos vio una vela roja aún encendida y un hábito oscuro. Temió que, de nuevo, su querida iglesia hubiera sido víctima de los desalmados ladrones y en seguida alzó la vista hacia el cuadro que presidía el altar de San José. Suspiró aliviado, allí estaba, la adoración de los reyes magos de Cornelius Schult estaba en su sitio. No echó nada en falta y por tanto no denunció la intrusión a la guardia civil y continuó con su vida, con sus quehaceres, tras quemar el hábito oscuro y mal oliente junto a los restos de la vela roja; continuó con su jornada como si nada hubiera ocurrido, ignorante de que en donde ahora estaba *la adoración de los reyes magos* pocas horas atrás se exhibía *la fragua de Vulcano*.

CAPÍTULO I: EL CASTILLO DEL AGUILA.

Y lucía un sol de justicia aquel 19 de septiembre de 1309, y el bueno de Guzmán se entró cabalgando con su ejercito por las inmediaciones de Gaucín. Y el sol calentaba su rostro tranquilo a pesar del cobijo de su poco poblada barba; no destacaba por su altura, aunque la suya era ligeramente superior a la del resto de soldados, su cuerpo era robusto aunque no exageradamente fuerte, su cabello castaño no muy largo y levemente ondulado, pero por encima de todo llamaba la atención su mirada, sus ojos, eran serenos y vivos, tranquilos y sabios, eran del color de la bondad.

Había sido enviado allí por su Rey para terminar con las correrías de los moros que inquietaban el campo de Algeciras a pesar de la edad en la cual se encontraba, alejada ya de la juventud, cuando lo más acertado y lo más común era esperar con paciencia y quietud la llegada de la muerte.

Había perseguido a los bárbaros hasta el lugar conocido como Prados de León; algunos enemigos habían conseguido refugiarse y hacerse fuertes en el castillo del águila; a éstos decidió dejarlos por el momento a su suerte, pensó perseguir a los otros grupos menos numerosos y una vez acabados éstos sitió a los ocupantes del castillo hasta su rendición. Separó a sus hombres en varios grupos y los envió en diferentes direcciones en pos de los huidos; él mismo, como era su costumbre, cogió el mando de un grupo de caballeros y se dispuso a hostigar a los fugados, su sangre hervía en deseos de combatir, de servir con eficacia a su rey. Cualquier otro adalid cristiano hubiera dejado así las cosas dando por bueno el resultado obtenido, mas no así Don Alonso, aquél que siempre prefirió dilucidar el destino en un campo de batalla, cumplidor de sus obligaciones y devoto del rey y de su patria hasta el extremo.

Ebrio como estaba de éxitos y henchido de rápidas y recientes victorias en Gibraltar, pecó de imprudencia y se obcecó en perseguir a los enemigos ya ahuyentados, así no se percató de que adelantábase por mucho de sus hombres y exponíase de manera valerosa pero innecesaria a los certeros disparos de los arqueros sarracenos que, aunque lejanos, acertaron a herirle con no menos de tres saetas.

Mortalmente herido aunque vivo se hallaba cuando sus soldados fueron en su auxilio; aterrados quedaron e invadidos de gran tristeza, lloraban cuando se retiraron con su jefe herido de muerte olvidando al enemigo que les regalaba una densa cortina de flechas.

La voz menguada del moribundo se dejó oír al tiempo que sacaba un puñal de la funda que pendía en el lado izquierdo de su cintura. Era un arma extraordinaria, parecía recién sacada de la forja de un Dios, tenía tres filos que le daban un aspecto original y fiero a la par, tenía un

mango grueso que no era apto para cualquier mano; el color cobre de la empuñadura contrastaba con el color plata de las afiladas aristas.

_ Este cuchillo sirvió para asesinar a mi primogénito Pedro Alonso, ahora corresponde a su hermano Juan Alonso, es un objeto que nunca debe perderse, representa el honor y el dolor de nuestra familia.

Al poco murió Don Alonso cuyo destino era no salir con vida de las cercanías del castillo del águila; cincuenta y dos años contaba de intensa vida plagada de luchas y sucesos, y en ésta, nunca se separó del difícil sendero de la justicia armado con su honor su valor y su puñal.

Sus apenados soldados lo llevaron primero a los reales del rey de Castilla y después a través del Guadalquivir hasta Sevilla, hasta el monasterio de San Isidro del Campo donde reposan sus restos desde aquel nefasto día.

Un día en que los moros lo mataron, en su cabalgada por los preciosos parajes de Gaucín a los pies del majestuoso castillo del águila.

Un día de sol inclemente que hizo hervir su sangre noble y su piel baqueteada.

Un viernes 19 d septiembre era de mil itrezientos iquarenta isiete que fue año del señor de mil itrescientos inueve.

CAPÍTULO II: LA FRAGUA DE VULCANO.

Gotas de sudor perlaban su frente y resbalaban molestas por sus mejillas hasta perderse en la desaliñada barba. La camisola blanca estaba empapada, sucia y abierta por la parte anterior a causa de la pérdida de algunos botones, de ese modo dejaba el pecho brillante y pleno de transpiración al descubierto.

Inclinado sobre el yunque trabajaba en su fragua el herrador; en su mano diestra el martillo, en la siniestra las tenazas, estaba moldeando la hoja de un puñal, el hierro al rojo como sangre viva tomaba forma a cada mazazo, ya se podía vislumbrar la belleza de un arma digna de un héroe, ya se intuía lo dañino de los tres filos de la daga hendiéndose en el cuerpo del enemigo.

El herrero no tenía apariencia majestuosa y mucho menos aún divina: feo, rudo, cojo, desaseado... y, no obstante, el tosco forjador era el señor de los metales, el domeñador de los volcanes, se trataba de Hefastos, o Hefesto, o Vulcano, el Dios del fuego y de la forja.

En efecto, aquel herrador era el hijo del Dios Zeus y de Hera legítima esposa de éste. Mucho tiempo atrás, había sido expulsado del Olimpo, en el transcurso de una discusión entre su padre y su madre en la cual el hijo tomó partido por Hera, Zeus lo cogió de un pie y lo arrojó al vacío; estuvo desplomándose un día entero rodando por el espacio hasta que cayó en la isla de Lemnos, dicen algunos poetas que esa caída causó su cojera. Sin embargo algo después regresó al Olimpo. Un buen día hizo un trono de oro que regaló a su jactanciosa madre, ésta al sentarse en el espléndido sitial, quedó prisionera. Zeus ordenó a Dionisos traer al fabricante de la trampa; Vulcano fue conducido al Olimpo, la liberó y se reconcilió con su madre, quien agradecida le regaló a Afrodita, diosa del amor, como esposa. Pareja dispar formaban el feo y cojo forjador con su bella y seductora esposa, sin embargo él era feliz, así transcurrieron años, y en ellos el herrero fabricó el invencible escudo de oro de Eneas, el ánfora donde se recogieron los restos y las armas de Aquiles, o el ostentoso carro de Helios; pero como nada es eterno, ni siquiera en el Olimpo, llegó aquél día aciago. Instante reflejado en el año 1630 por Velázquez en su cuadro la fragua de Vulcano.

Allí, en las más recónditas entrañas del Etna, en la fragua de Vulcano, apareció el laureado Dios Apolo que todo lo podía ver y le comunicó, en presencia de sus sorprendidos ayudantes que quedaron boquiabiertos, el engaño, el adulterio de su esposa, que era amante del Dios de la guerra. Vulcano decidió construir una red de oro y colocarla a modo de trampa en el lecho, en efecto, en ella cayeron los dos amantes, apresados, enredados. Víctima del engaño, consternado, Vulcano decide que desde ese instante en su fragua sólo se construirán armas, materiales de destrucción y dolor, tal como se encuentra su ánimo, destruido y dolido.

Y así lo hizo, por eso estaba en aquel instante moldeando un puñal de plata con tres filos y mango de oro, en la parte superior de la empuñadura de la daga se apreciaba un grabado de una ciudad fortificada, en cada lado de las hojas del cuchillo se representaban con un excelente trabajo liso de ataujía de oro tres escenas, por un lado Judith con la cabeza de Holofernes, por otro un caballero cristiano lanzando un puñal a los musulmanes que asediaban su castillo, por el otro el sacrificio de Abraham; en definitiva un arma sensacional aunque destinada a causar destrucción y dolor, destrucción inmensa e intenso dolor por los siglos de los siglos.

Baste ya añadir que estaba solo el ilustre cojo en su forja, ni sus ayudantes los cíclopes ni los gigantes se hallaban ya junto a él cuando terminó de construir el arma. Satisfecho de su trabajo, como siempre, observó su obra, a pesar de todo, a pesar de que se mortificaba día a día fabricando armas, era excitante alcanzar la perfección en la creación. Y aquella era magnífica, una daga extraordinaria, un puñal de tres filos de plata y un ancho mango de oro. Había forjado un arma que nadie, excepto él, sabía que existía, nadie excepto él mismo sabía con que objeto había sido fabricada.